

SOBRE LAS HUELLAS DEL PRIMERO DE CUERDA

POR R. FRISON-ROCHE

TRADUCCIÓN DE JULIO LLANOS

Para mí todo ha comenzado por una nube.

El pequeño muchacho que yo era —en 1915— habitaba en París: una habitación sin sol, que daba a un patio sin árboles.

Incluso las nubes pasaban rápidamente, huyendo en dirección al «Bosque», lejos de mi alcance.

Me evadía como podía: a lo largo de las aceras polvorientas. Era una suerte que el Bosque de Boulogne estuviese allí. Sus pequeños arroyos, yo los poblaba de sirenas y monstruos marinos; hacía flotar sobre ellos la bruma de los grandes mares; a su vera «mis» pescadores arrojaban las redes; las acacias me parecían boababs; los robles, árboles gigantescos de la selva...

Pero, a la puesta del sol, ¡adiós los hermosos sueños!

Volví lentamente, a disgusto, por las gargantas hostiles de las calles estrechas, hacia la habitación sin alegría.

Un día —me habían hablado más de lo ordinario sobre algunos de mis parientes que vivían en la Montaña— me apareció una extraña visión. En el cielo que se había empurpurado, muy arriba, sobre el verde sombrío del Bosque, una montaña blanca, de formas perfectas, parecía flotar. Quedé inmóvil, en medio de la muchedumbre, contemplando la aparición. Grabé sus formas en mi memoria, las curvas armoniosas, las aristas que se destacaban sobre el cielo azulado del anochecer.

Hasta que ella se desvaneció.

De repente, hizo mucho frío.

Luego sentí que me invadía una ola de gozo. Supe que mi destino se había fijado; un día, abandonaría definitivamente la ciudad para alcanzar la montaña. Paso a paso, ascendería a la gran ciudad blanca.

Siete años transcurrieron, antes de que mi sueño se realizase.

Luego, una bella mañana, el tren de París, saliendo de las brumas de la noche, desembocó en la explanada de Sallanches,

PYRENAICA

Por primera vez se me apareció el Mont-Blanc.

¿Por primera vez?

Yo creí soñar: emparejaba exactamente las formas secretas de «mi» montaña y me hacía dudar. ¿No sería una ilusión, una nube que luego el viento disiparía?

Pero no. Era él.

Desde entonces, ya no me ha abandonado.

Primeramente, hubo entre la montaña y yo un verdadero idilio.

Al atardecer, terminado mi trabajo, me escapaba furtivamente de Chamonix. Tenía la población en esta época todavía, algo de vieja villa alpestre con sus guías barbudos fumando la pipa en la Plaza, y la fila de mulos esperando su turno para La Flegere, pues para Monterevers ya se había instalado la valiente «cafetera» de cremallera.

Recorría en solitario toda la montaña media, subiendo de noche a través de los bosques de píceas, embriagado del viento que agitaba las ramas, deteniéndome a veces para oír mejor el canto de un pájaro nocturno, desembocando en una revuelta del camino, de la sombra de los bosques a una claridad bañada de luna.

Sobre todo me atraía la gran luz del otro lado del valle, el secreto espejeo de los glaciares. Era como un guiño continuo e intermitente, una llamada que hacía palpitar mi corazón.

Fatigado, dormía algunas horas, sobre un colchón de flores de rododendros. El frío me despertaba justamente a la hora en que el primer rayo de sol doraba la cima del Mont-Blanc. Mis dientes castañeaban, pero era tan feliz que me parecía escuchar una música irreal... Más tarde, bajaba las pendientes, con el pie seguro de mi herencia montañesa, sobre las empinadas laderas. Rápidamente iba al trabajo, hasta la tarde. Pero, de este trabajo, podía evadirme cada cinco minutos y tomar cada vez un «baño de montaña». Las horas pasaban, llegaba de nuevo el atardecer y con él mis paseos nocturnos.

Era preciso que un día sobrepasase este mundo reservado a los novicios. Encontré un compañero, debutante como yo.

Nos ejercitamos en la Aguja del Moine, y diecisiete horas de búsquedas y titubeos sobre esta montaña fácil, no consiguieron desanimarnos. Sin dudar (era nuestra segunda ascensión), nos dirigimos hacia el Grepon. Su fama era entonces grande (1923), pero sólo algunos guías audaces llevaban allí a sus clientes; los sin-guías se contaban con los dedos, eran los fundadores del Groupe d'haute Montagne.

¡Qué imprudencia! Eramos dos, un inexperto de 17 años y un mutilado de guerra de 35. El tenía la voluntad y yo la agilidad... Lo pasamos mal, pero pasamos. Confieso con alguna vergüenza que sin una cuerda amiga en la fisura Mummery, allí estaríamos todavía. Sin embargo, habíamos tomado nuestras precauciones la víspera, habíamos vivaqueado sobre el Rognon de los antillons, pero por la mañana, todas las caravanas con guía, linterna en mano, nos habían adelantado. Volvimos al día siguiente a medianoche. Los guías me reprendieron por mi locura; los que fueron más violentos se han convertido después en mis amigos y mis maestros.

Dejé, en efecto, el pequeño hotel de Chamonix, donde me alojaba, y decidí

vivir como ellos, en sus aldeas. Sentía la necesidad de evadirme de lo que había de ficticio y artificial en el barniz de la civilización. Había descubierto que existía un alma secreta montañesa, cuidadosamente disimulada tras las apariencias burdas e interesadas. Partí a la búsqueda de esta alma, que concordaba tan bien con mis propias aspiraciones.

Varios años después, habiendo probado bien que yo era de su sangre y de su raza, fui adoptado por los Chamonianos que consagraron, nombrándole guía, al muchacho del valle de Beaufort, nacido por casualidad en París. Fui el primer «extranjero» inscrito en la Compañía. Más tarde, ha habido otros y más célebres. Lionel Terray, Lachenal, Rébuffat vinieron a juntarse después de mí, a los Payot, Balmat, Couttet, Charlet, Devouassoud, Simond...

Rompiendo con sus tradiciones autónomas, el valle de Chamonix acogía a los hombres del País del Mont-Blanc.

La gran Montaña imponía como hijos suyos a los que verdaderamente habían sabido amarla.

¡La Gran Montaña! ¡Las Montañas Malditas! ¡Los Glaciares!
Dominándolo todo ¡el Mont Blanc!

Más de cuatrocientas cimas entre tres y cuatro mil metros de altitud. Y los glaciares crujiendo en cataratas de seracs hasta los profundos valles franceses, italianos y suizos... Una barrera que domina directamente la baja explanada del Arve en más de cuatro mil trescientos metros. Fenómeno geológico único, espectáculo único en la Europa de nuestros días, es este fragmento intacto del período glacial, conservado hasta nuestros días.

Campus Munitus, el valle cerrado.

Tiene bien puesto el nombre.

Es preciso para alcanzarlo y adentrarse en las gargantas del Arve, en las Montées Félissier, y para salir de él hay que franquear el Collado de Balme o el corredor de los Montets.

Cuando se penetra allí por vez primera, se siente la sensación curiosa de estar, no encerrado —el término sería impropio pues la evasión es siempre posible—, sino prisionero moral de un paisaje atrayente. Ya se nota el magnetismo de los glaciares.

Conozco a algunos que se rebelaron contra esto desde el principio; habían adivinado que si no volvían atrás desde el primer momento estaban perdidos... y se han quedado.

Se han quedado como un amigo mío, un gigantesco y rubio escandinavo que, al desembarcar un día en Argelia, fascinado por África y su sol, ha renegado de sus fiordos y bosques boreales...

En Chamonix, muchos extranjeros se han unido así a los que desde hace dos mil años pueblan el valle.

En el principio sólo existían las montañas, y los glaciares lo cubrían todo. Luego éstos se han retirado lentamente, como a disgusto. A veces, sintiendo el re-

PYRENAICA

mordimiento, lanzaban atrevidos una oleada, separaban con su pecho de marfil los bajos bosques de píceas y robles. Pero un buen día, tuvieron sin duda miedo de los hombres, de esta extraña actividad humana tan diferente de su vida mineral, y desde entonces no cesan de recular hacia las alturas.

Hubo hombres de los bosques. Bandidos o criminales que pensaban vivir sin temor a persecuciones en este mundo aterrador que el alma medieval poblaba de diablos, brujas y demonios maléficos. Pero en 1901 exactamente, los Benedictinos fundaron en el lugar donde hoy se eleva la iglesia de Chamonix, un priorato, el Priorato de Champ Muni.

Los hombres se agruparon allí, compartiendo una vida que debió ser ardiente y ruda.

Refugiados en sus chalets, cubiertos por hierba o malezas, mezclados en invierno a sus rebaños a fin de aprovechar su calor, fundaron rápidamente una comunidad activa. Aumentaron e hicieron prosperar los rebaños de vacas negras y combativas, los carneros y cabras. Pero las escasas cosechas de centeno o cebada no eran suficientes para la alimentación. Se dedicaron a la caza. El venado abundaba, grandes lobos, ciervos, jabalís y osos, éstos se refugiaron en los altos parajes de la Vallorcine. Se aventuraron en los glaciares, en busca de lucro. Recogieron los magníficos cristales de roca de pirámides translúcidas y, ordinariamente por las difíciles gargantas donde el sendero serpenteaba sobre el torrente del Arve, iban a los valles bajos a intercambiar sus productos. Llegaban generalmente hasta Ginebra, comerciaban también con cierta continuidad con Turín. Pero nadie iba hacia ellos.

El valle quedaba aislado, con sus puertas abiertas, que nadie osaba franquear.

Bandidos, ladrones... Esta imagen se tenía de aquellos montañeses rugosos, de piernas secas y musculosas, encerradas en los rudos pantalones de paño negro, de largas cabelleras flotando sobre barbas impresionantes, ásperos de lenguaje, voluntariosos y testarudos, atentos a la ganancia, no plegándose nunca ante ninguna autoridad. Siempre en revueltas y violencias...

No eran bandidos, sino hombres libres en tanto que en las llanuras campesinos y siervos se ajetreaban sin fin y sin esperanzas. Ningún contacto les había ablandado. El amor apasionado por la libertad, he aquí la suprema enseñanza de las montañas que les rodeaban y que eran rehuidas con temor por las gentes de la llanura. ¿Qué tiene de extraño que a menudo comparasen a los naturales montañeses con el demonio? A sus ojos eran violentos y salvajes.

Pococke y Windham no tardaron en convencerse de ello, en 1741, cuando descubrían el valle cerrado. Después de François de Sales, y muchos otros que no subían como el piadoso saboyano a cuidar y curar las almas, sino a cobrar los impuestos —fuente de todos los males para un hombre libre—, los dos ingleses introdujeron el turismo... y de un golpe cambiaron el aspecto de las cosas.

Fueron recibidos con deferencia por la población local que se preguntó solamente por qué tantas armas y escolta. Seguramente se les disuadió —con fineza— de ir más arriba: los glaciares eran sitios peligrosos, la ruta era larga, pero la verdadera razón era que más valía no mostrar a los extranjeros de dónde procedían los crisales. Sin embargo, como insistían, terminaron por acompañarles por el Sendero de los Cristaleros, hacia el Montanvers.

PYRENAICA

Les debemos el descubrimiento para el turismo, de la Mer de Glace.

Y sin duda, la idea primera de utilizar a las gentes del valle, montañeses y cazadores como guías de montaña.

Después de los ingleses, aparecen en seguida Bourrit y Saussure.

Fueron ellos los que verdaderamente descubrieron a las gentes de la región que había bajo los glaciares y las nieves un tesoro escondido: el Turismo.

Todavía no se hablaba de Alpinismo.

Por razones científicas Saussure se interesaba en la más alta cima de Europa. Bourrit, por razones más poéticas. Ambos estaban obsesionados por la alta cúpula blanca donde a veces se posaba, como un desafío, una tenue nube fusiforme.

Llamaron a los cristaleros, a los cazadores.

Hablaron de dinero, de primas. Nuestros montañeses son gente interesada, ávida de ganancia; poco a poco partieron a la búsqueda de pasajes, remontaron los glaciares, alcanzaron el Col du Geant.

Hubo un verdadero asalto hacia la Montaña: de Saint-Gervais, de la Gruvaz, de Bossons, de Pelérins, de Praz y de Chamonix. Largos bastones ferrados en la mano, que utilizaban para franquear las grietas, vestimentas rudas, cubrecabezas, saco de pastor a la espalda.

Cada uno esparaba ganar la prima, encontrar la vía.

Horace Bénédict de Saussure, llegado al Priorato en 1760 esperará veintisiete años para realizar su sueño.

Otros, antes que él, pisarán la cima de la montaña blanca. El 8 de agosto de 1786, lo hizo el Dr. Michel Paccard, conducido por Jacques Balmat.

Jacques Balmat, de título «Mont Blanc».

Desde esta época se le conferirá el derecho de adjuntar a su nombre este título de nobleza. Era reconocer oficialmente la belleza de la montaña.

Entonces, a la par que las ascensiones se multiplicaban, el valle cambió de aspecto; ya no sería más el valle cerrado.

De todas partes acudían peregrinos de la naturaleza. Se erigió para ellos un refugio en Montenvers.

Para ellos los cristaleros de antaño, se unieron en Compañía de Guías, el año 1820.

Alrededor de los chalets, bajos y amplios, se construyeron albergues, luego grandes hoteles —entonces no se llamaban «palaces»—. La burguesía y la nobleza vinieron a Chamonix como antes iban a las estaciones de aguas o balnearios. A caballo, en pesados carruajes, remontaban las gargantas del Arve, donde poco a poco el sendero de cabras se iba transformando en carretera.

A medida que se transformaba el valle, se transformaban también los habitantes.

El contacto con extranjeros les ablandaba, les aportaba el gusto por las cosas cultas.

De campesinos, montañeses, que eran, iban a convertirse en trepadores, después de haber sido aventureros.

Todavía en nuestros días, si, dejando la carretera nacional, visitan ustedes los pequeños chalets del valle, quizá hallen muchas sorpresas... Sobre el umbral de la puerta un visjo fuma su pipa. Es más que octogenario. Pero entablará con

amenidad conversación. Y a medida que desgrane el hilo de sus recuerdos, podrán apercibirse ustedes de que hay cosas y gentes de ideas justas y profundas, que ha leído mucho, viajado mucho, y que su inteligencia ancestral ha sabido conciliar el gusto de la aventura y de los viajes con el de una vida simple y digna. Os mostrará con satisfacción sus trofeos: una piel de oso de Alaska, una manta del Cáucaso, una linterna tibetana, ¿qué sé yo?... Hay algunos en la Compañía que han dado la vuelta al mundo.

Se les mira ahora como gentes de una época anacrónica.

Pues el Alpinismo ha progresado a pasos gigantescos. Ha sido preciso menos de medio siglo solamente para darle su forma actual.

Después de las ascensiones científicas y las ascensiones románticas vinieron las exploraciones. El término no es exagerado: entre 1850 y 1880 se exploró el macizo del Mont Blanc como se había explorado el Valais y el Oissans. Al contacto con los grandes viajeros, ingleses sobre todo, que les contrataban cada verano, los guías atacaron —como en la misma época sus colegas de Zermatt, de Grindelwald, de Valtournanche o de Coumayeur— los principales «cuatro mil» de los Alpes.

Ya el Mont Blanc no es más que una ascensión banal —para los grandes—. Sobre su cima, en las bellas mañanas de verano, se acumulan caravanas enteras. Pero se trata de personas que no podríamos calificar exactamente de montañeros.

Empujados la mayor parte del tiempo por los portadores, arrastrados por los guías, excitados por el orgullo, realizan aquel día la única ascensión de su vida. Es bastante para ganar el diploma que les conferirá en el círculo de sus amistades una aureola pasajera de héroes.

No. Los verdaderos montañeros en esta época se encuentran en otra parte: en la Verte, en las Jorasses, en la Bionnassay.

Su piolet es una hacha.
No conocen los crampones,
ni las herraduras en «ala de mosca»
menos aún los tricounis.

Calzados con zapatos de clavos redondos, marchadores infatigables, vivaquean en los mismos lugares donde en nuestros días se elevan las cabañas, realizan hazañas que todavía ahora asombrarían a nuestros jóvenes. La Aguja del Dru, saliendo del mismo Chamonix, la Verte partiendo del Montenvers, el Mont-Blanc desde Chamonix sin paradas, sin altos. Clientes y guías, unidos por una sólida amistad de varios veranos, son de igual valor.

Una a una las hermosas cúspides del macizo del Mont Blanc van cayendo.

Recorridos de nieve y de hielo primeramente, luego grandes ascensiones de aristas: Rochefort, Chardonnnet, Mont-Blanc por el Bruouillard, o el glaciar de Fresnay...

Es la bella, la magnífica época de los guías barbudos de mirada joven, llena de nobleza. (La inquietud del tiempo no pesaba sobre ellos).

Todo era nuevo. Todo era bello.

Cuando descendían al valle, habiendo trepado Charmoz o Grepon, el cañón sonaba en su honor. Las damas iban hasta las primeras cascadas a esperarles, seductoras y esbeltas, sobre sus mulos que montaban con estilo de Amazonas.

¡Qué hermoso era entonces el oficio de guía!

Se tenía junto a sí durante todo el verano a uno, tal vez dos clientes que eran amigos. Se iba de Chamonix al Valais, del Val de Aosta al Oissans, y luego, en otoño, volvían a su chalet. Se contaba el dinero y las vacas, y con el oro de la montaña y los productos del rebaño se construía. Alguna vez, llegaba una carta con sello del extranjero. Era una invitación para una cacería en Escocia, o para una expedición contra el oso en los Cárpatos...

Cuando se volvía del viaje, la nieve cubría todo el valle, ya silencioso. Nadie venía a visitar las montañas. Se ignoraba el ski, y que la nieve sería más tarde una fuente de vida. Bajo las primeras fotos, pronto amarillentas, la cuerda y el piolet se unían cual precioso trofeo. Por los senderos abiertos con palas, venían al atardecer los vecinos. El calor era dulce alrededor del hogar de piedra, que ardía toda la jornada.

Largas charlas al humo de las pipas, juegos de cartas, pero sobre todo meditación y preparación de las próximas expediciones.

De toda esta época no le queda al guía moderno más que su pasado de montañés-campesino. Algunos todavía —a pesar de la gloria y las victorias deportivas— permanecen fieles a sus viejos chalets. Y de primavera al otoño, realizan el ciclo ritual de Chamonix.

Enero-abril, monitor de esquí.

Luego el bosque, el heno, por fin el piolet.

Julio-agosto, 1.^a mitad de septiembre, subir, descender.

La Verte, los Drus, el Peigne, Mont-Blanc, Chardonnet, Mummery, Argentiére, Tour Noir, la Seigne y Balme, dando la vuelta.

Ni una hora, ni una noche de reposo. Es preciso marchar, marchar como el corneta de Rilke, ávidamente, mientras es tiempo.

Con las primeras nieves, se detiene.

Se encuentra solo en el valle.

Septiembre-octubre, los rebaños regresan.

Noviembre, es preciso cortar la leña, serrarla, transportarla, apiñarla ordenadamente en torno al chalet.

Diciembre, la nieve, el esquí.

Todo vuelve a comenzar.

Ni un día de reposo, y a menudo, ¡ay!, después de un verano de niebla y lluvias, tampoco sobra el dinero. Entonces es preciso hacer de albañil, o carpintero.

Verdaderamente, hay que amar el oficio. Los antiguos tenían más suerte.

Cuando se habla a los jóvenes de los fabulosos contratos de los viejos, abren los ojos desmesuradamente. Para ellos es el cliente quien cambia cada día, quien se torna exigente —no se toman guías sino para las ascensiones excepcionales—, las otras se hacen en solitario. No hay tiempo de ligar amistad con él.

Se aborda en el refugio a un desconocido que os espera.

—¿Es usted el que viene para la Verte? Bien. Hay que levantarse a medianoche.

Debería interrogársele, saber de lo qué es capaz, sondear su pasado, sin duda bastante reciente, de alpinista. Pero entonces no se tomaría a casi ninguno.

PYRENAICA

Y en la noche glacial, encordado con una sombra anónima que tiembla, el guía sube, llevando su paso al compás del balanceo de la linterna. Generalmente el cliente pasa, y luego se regresa.

—Hasta la vista, guía. ¿Cuánto le debo?

Uno quisiera descansar, reposar, ha sido preciso tallar las «bañeras» en el hielo, asegurar continuamente.

Otro desconocido os espera, lejos de aquí, a cinco horas de marcha.

Se baja, se sube.

Un día en los Drus, la misma tarde en la Tour Rouge y al día siguiente en el Grepon.

Una tarde por fin, en Chamonix... rápido, un salto hasta casa.

Pero... he aquí el Guía-Jefe que os da un encargo: esta noche, en los Grands Mulets... No se podrá ver a la mujer.

Se vuelve a partir.

El trabajo en cadena del guía moderno.

Y durante este tiempo, los otros hacen las «primeras».

Ellos no tienen tiempo. Es preciso ganarse la vida, sostener la familia.

De buena gana se dejaría el oficio.

Pero está allí el Mont-Blanc.

Está la alta cadena que todos los días subyuga con su irresistible llamada.

Están los recuerdos.

Las luchas encarnizadas que se sostienen contra las torres de granito rojizo, allá arriba, en pleno cielo estival, e incluso la larga marcha de aproximación, en el frío azulado de los glaciares.

Se oye el mugido del viento a través de las planchas metálicas del refugio.

El soplo aullante de la tormenta que parece va a destruirlo todo.

Se piensa en los largos silencios que siguen, tan completos, tan llenos de inmenso vacío...

Entonces después del padre, el hijo. Se recomienza.

Se recomienza la vida de siempre con sus penas y alegrías, con sus peligros.

¿Por qué cambiar?

A veces se ensaya.

Un día de otoño, desamparado, se huye del país.

En la llanura o en las ciudades se encuentra el filón, el puesto tranquilo. Se gana buenamente su vida, no hay riesgo, ni aventuras, ni frío, ni tormenta.

Luego, una tarde, en el cielo aparece el signo y las nubes toman forma de montaña, se cede a la llamada, y se vuelve.

Más pesado y cansado de esta experiencia fallida que antaño de una gran ascensión.

El piolet está allí, y las cuerdas.

Se vuelve a partir...

Oficina de guías, el turno, el cliente...

Y allá arriba la Montaña sonrío. El hijo pródigo ha vuelto. Ella lo sabía bien... Cuando se es del valle cerrado, ¿para qué querer evadirse?